

Teatro Experimental

Fuí, durante algunos años, apuntador de teatro y actor ocasional; además de esto, ví mucho teatro; finalmente, leí cuanta obra teatral puede leerse en muchos años de incesante lectura, desde Aristófanes a Ibsen y D'Annunzio, pasando después a O'Neil y otros. Todo esto me produjo una saturación de teatro, saturación que me impidió, durante mucho tiempo, ver o leer teatro, sin llegar, sin embargo, en ningún momento, a sentir desprecio o animadversión por él; al contrario: sigo admirando, como siempre, a los actores y a la escena.

Esta admiración ha subido de punto al ver representar en el Teatro Municipal, al grupo del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, la obra de Lope de Vega, "El caballero de Olmedo". Debo confesar que pocas veces he visto llevar a escena una obra con la seriedad y el buen gusto con que ese grupo lo ha hecho en esta ocasión. Montar y representar una obra clásica, escrita en verso y en un lenguaje desusado ya, y no desentonar ni dar el más mínimo motivo, ni en movimientos, ni en dicción, ni en el montaje, ni en los mil y uno detalles de una representación, para que el público pierda a la obra y a los actores el respeto que nunca debe perder, no es cosa que pueda hacer cualquiera, así como así, de un día para otro. Se necesita para ello la práctica y el tino que sólo pueden tener los grandes directores. Y si pensamos que en Chile no hay una tradición teatral que valga la pena tomar en cuenta al hablar de verdadero arte escénico, que no ha habido ni grandes figuras ni grandes obras, mucho menos, en consecuencia, oportunidades para la formación de una escuela propia y sobresaliente, no podemos menos que manifestar, además de nuestra extrañeza, nuestra admiración. "El caballero de Olmedo" llevado a escena por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, debe considerarse, pues, como un milagro, un acto de magia.

Milagro y acto de magia que el público ha sabido apreciar en debida forma.

Manuel Rojas